

Búsqueda de la unidad europea y federalismo en los personalismos del siglo xx¹

.....
Joan-Alfred Martínez i Seguí

Licenciado en Derecho por la Universitat de València

La visión del personalismo comunitario, enraizado en el humanismo cristiano, como única escuela renovadora del pensamiento filosófico-político durante el transcurso de los convulsos años treinta, constituye ya un lugar común de encuentro para la historiografía dedicada al tema. Al menos, desde que Jean Touchard², eminente historiador de las ideas políticas, así lo afirmara, al evidenciar la originalidad de los postulados argüidos por los heterogéneos autores aglutinados bajo las siglas de *Esprit* o de *L'Ordre Nouveau*. Reunidos alrededor del llamado «espíritu de los años treinta», estas publicaciones y sus respectivos movimientos, impulsados por la convicción del necesario compromiso social de los intelectuales, llegan a configurar una vía intermedia entre las dos ideologías, o incluso economías paralelas, de carácter dominante por aquel entonces, el liberalismo capitalista y el colectivismo abanderado por el socialismo marxista. Tan sólo desdibujadas por los nacionalismos totalitarios de matriz fascista y la estrategia de frentes populares. Pero que, en definitiva, muestran ya la realidad fáctica de la posterior Guerra Fría de manera incipiente en medio de las tensiones propias de la Europa de entreguerras, encaminada, sin remedio, hacia un segundo conflicto bélico de alcance mundial³.

En esta búsqueda de un discurso sociopolítico alternativo, los dos principales polos personalistas ya citados, el grupo *Esprit* encabezado por E. Mounier i el de *Ordre Nouveau* representado por Arnaud Dandieu, Alexandre Marc, Denis de Rougemont o Robert Aron, desarrollarán las enseñanzas heredadas tanto, por una banda, del vitalismo humanizador de Ch.

Péguy (*alter ego* francés de Nietzsche, pero desde una aprehensión enérgica y constructiva de la ética, lejana de la connotación castradora y enervante de la moral que se halla en el autor alemán) como, por otra banda, del socialismo cooperativo de P.-J. Proudhon, peyorativamente calificado de «utópico» por su contemporáneo K. Marx⁴.

Es así como a lo largo de la década de 1930 al igual que con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, en el marco de la pugna latente entre la URSS y el bloque occidental liderado por los EE UU, se podría afirmar a buen seguro que el pensamiento destilado por los círculos personalistas se enclava dentro de unas coordenadas comunes, no sistemáticas, delimitadas con un talante, a veces, difuso. Se trata de una tercera vía, del proyecto a favor de una Europa pluralista, democrática en un sentido sustantivo superior de la mera partitocracia, participativa desde el momento en que fomenta una viva y activa sociedad civil, federal preservando la unidad en el seno de la diversidad nacional y regional, socialista en la acepción proudhoniana de mutualismo, más que no en la de estatismo planificador, opuesta al colonialismo y, en correlación, abierta a una vocación mundial y mundializadora de estructuración jurídica de la sociedad internacional, y, finalmente, guiada en todo instante por el primado de lo espiritual, trascendente, centrado en la persona humana en interrelación comunitaria⁵.

Sin embargo, a pesar de esta consistencia y unidad profunda en todo aquello ligado a la inspiración última de unas ideas prestas a la acción política inmediata, las distintas sensibilidades y prioridades en cuanto al compromiso intelectual, así como las dispares estrategias y tácticas de actuación determinadas por los avatares históricos y, a menudo, por los la-

zos personales, evidencian la necesidad de distinguir tres etapas, claramente perfiladas, en la evolución del posicionamiento de los grupos personalistas respecto al ideal de una Europa unida y la asunción del federalismo: 1) El decenio de los treinta prolongado en la Segunda Guerra Mundial. 2) La posguerra hasta bien entrados los años setenta. 3) De fines de la década de 1970 hasta la actualidad.

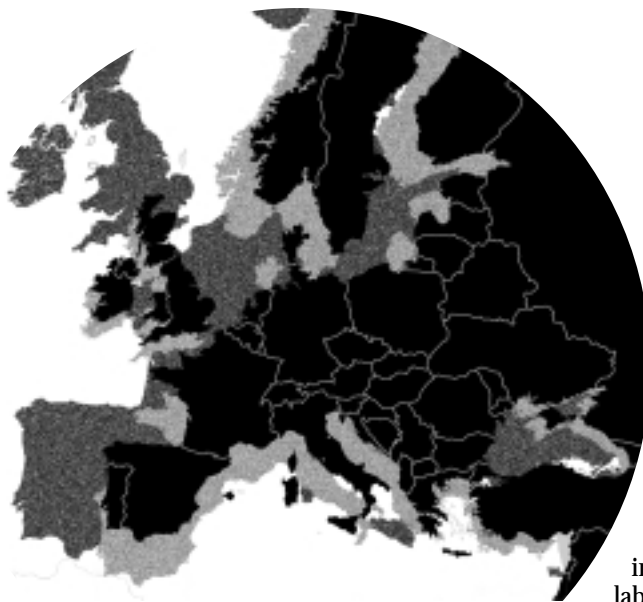
Comenzando este repaso cronológico, durante la época de gestación del pensamiento personalista encontramos muchos ejemplos que cabría remarcar para verificar la construcción progresiva de un horizonte político de máximos orientado hacia el anhelo de una Europa unida de cariz federal y garante de la paz en el viejo continente. Se trata, por un lado, de un objetivo en parte convergente, desde la distancia crítica al mundo burgués, con algunos destacados esfuerzos europeístas de sectores liberales, como también de instituciones de más amplio espectro ideológico, como es el caso de la Unión Paneuropea fundada en 1923 por el conde Richard de Coudenhove-Kalergi, en pro de consolidar y desarrollar la frágil estructura del organigrama internacional presidido por la inoperante Sociedad de Naciones ginebrina. Por otro lado, no es en nada menospreciable una cierta huella internacionalista de origen inequívocamente socialista, contrapuesta entonces al nuevo rumbo que el Komintern comunista, dirigido por Stalin, impulsaba bajo la consigna de «socialismo en un solo Estado», la URSS, y la consiguiente persecución de los elementos trotskistas, adalides de «la revolución internacional permanente».

Ahora bien, en cuanto a los textos que ejemplifican mejor esta postura europeísta y federal, cohesionadora del conjunto de los autores personalistas durante la década de 1930, cabe

apuntar sobretodo, además de las abundantísimas referencias que se pueden hallar en las páginas de la revista *Ordre Nouveau*⁶ (1931-1938), el artículo «Europa contra las hegemonías» firmado por Mounier en *Esprit* en noviembre de 1938, dos meses después de los claudicantes Acuerdos de Munich que consagraron la pujanza dominante de la Alemania hitleriana sobre los vencedores de la Primera Guerra Mundial.

En él, el director de la revista personalista más relevante denuncia la política de sometimiento y control opresivo practicada por las sucesivas potencias europeas, en el intento de mantener un equilibrio de terror y de prestigio hegemónico entre Estados-nación. Así, reclamando a la vez la alianza de los diferentes humanismos, tanto de raíz cristiana como laica, y la asunción de una política exterior de fuerza a favor de la paz (rehuyendo el pacifismo inocente y purista), propone la lucha contra el totalitarismo fascista al aseverar lo siguiente: «Dicho esto, no es únicamente Francia [...] lo que nosotros tenemos que defender para el futuro contra la hegemonía de Berlín: *es la realidad federal de Europa*. Eso implica que nosotros no tenemos nada que hacer [...] persiguiendo la quimera de una nueva hegemonía diplomática francesa»⁷.

En este mismo sentido, con antelación, en octubre de 1937, *Esprit. Revue internationale*, como se titulaba entonces, publicó un dossier de especial interés, en la medida en que presentaba una concretización paradigmática de sus principios en la observación de la realidad cotidiana de Suiza, mostrada desde la propia auto-percepción de los grupos de trabajo personalistas de aquel país, encabezados por D. de Rougemont. Este pensa-



dor destaca la proximidad de la filosofía personalista a las estructuras sociopolíticas helvéticas, reformulando la finalidad última de la neutralidad suiza en aras de una vocación pedagógica de ámbito europeo e incluso mundial enfocada hacia la extensión de una sociedad internacional de base federal.

Reproducimos a continuación las sintomáticas palabras que inician el preámbulo del susodicho informe «El problema suizo: persona y federalismo»: «Si, desde el principio, *Esprit* ha provocado en Suiza unas adhesiones y unas reacciones particularmente numerosas y claras, es porque el personalismo encontraba en los cantones confederados unas tradiciones cívicas y un clima moral que le daban de inmediato un sentido concreto. Lo que podía parecer, en Francia, no ser en sus inicios más que una protesta, una reivindicación, incluso una ruptura, en nombre de una concepción del hombre en general, se hallaba de acuerdo en Suiza con las condiciones físicas e históricas del país. Así, por la fuerza de las cosas —no menos que por la de los temperamentos— la actitud personalista se convertía rápidamente en una política, en el sentido más alto del término. Ella reunía y ella ampliaba una mística no «nacional» —eso no es posible en Suiza— sino

más bien comunitaria, y más exactamente: federalista»⁸. Dando continuidad a esta vía helvética hacia el federalismo europeo, Rougemont se transformará, después de la Segunda Guerra Mundial, en su principal paladín intelectual, al plantear, en palabras del filósofo existencialista Karl Jaspers⁹, el dilema entre la helvetización o la balcanización nacionalista de Europa.

No obstante, el final de la contienda militar, a pesar del carácter decididamente europeísta de gran parte de los grupos resistentes a la ocupación nazi¹⁰, determina un punto de inflexión en la hasta entonces unidad plural de doctrina y acción de los personalismos. Más allá incluso de su palpable y diversa influencia, a modo de cultura política compartida, sobre distintas corrientes ideológicas emergentes, como acaece entre la democracia cristiana y la socialdemocracia. Es en medio de esta encrucijada histórica cuando, en efecto, se abre una etapa de divergencias y separaciones, salpicada incluso de momentos de conflicto frontal entre dos ramas personalistas bien diferenciadas¹¹. Por una banda, el progresismo del equipo renovado de la revista *Esprit*, dirigida por Mounier hasta su muerte prematura en 1950 y, después, sucesivamente, por Albert Béguin (1950-1957) y Jean-Marie Domenach (1957-1976). Y, por otra banda, los herederos directos del desaparecido movimiento *Ordre Nouveau*, ahora identificados bajo la definición de «federalistas integrales o globales», entre los que sobresalen los ya conocidos A. Marc, D. de Rougemont o R. Aron, junto a otras incorporaciones llegadas de la Resistencia, como es el caso de uno de los fundadores del Partido Laborista holandés, Henri Brugmans.

Es así como la ruptura, paralela al surgimiento del antagonismo entre el bloque capitalista y el del socialismo real y sostenida por una serie de tomas de posición tanto teóricas como prácticas, va escenificándose paso a paso a lo largo de la inmediata posguerra, hasta alcanzar un máximo punto de enfrentamiento durante la década de los cincuenta.

En marzo de 1945, con ocasión de la Conferencia Federalista Europea organizada en París, Mounier toma ya sus distancias escépticas respecto a los balbucientes proyectos de unión federal de Europa, a los que califica de antisoviéticos y utópicos en exceso¹². De 1945 a 1948 se observa un proceso de radicalización en los postulados de *Esprit*. Se produce un acercamiento dialogante al marxismo y al repudiado PCF (entendido como una exigencia de compromiso con los desheredados, con la clase obrera), la reconsideración positiva de la función intervencionista del Estado y el correlativo rechazo de la incipiente construcción europea sobre el fundamento de una alianza estratégica con los EE UU¹³. Con todo ello, y sobre la base de una precedente «Llamada a la opinión internacional a favor de la paz» realizada en 1947 por obra de la *intelligentsia* de izquierdas francesa no comunista (A. Camus, S. de Beauvoir, J.-P. Sartre, Mounier...), Paul Fraisse y otros destacados colaboradores de *Esprit* se implicarán en la fundación en 1948 de un efímero partido político, el RDR (*Rassemblement Démocratique Révolutionnaire*), defensor en clave interna francesa de una tercera vía de la neutralidad y de la paz entre los dos bloques, fundamentada en dos notas irrenunciables. Primero, ni comunismo ni socialdemocracia liberal, sino erección de unas auténticas democracias populares y socialistas en Europa. Y, segundo, la descolonización urgente y sin dilaciones¹⁴.

En síntesis, y ante tales posicionamientos, no nos parece osado aventu-

rar dos conclusiones. En primer lugar, la ausencia de reflexión en *Esprit* sobre el sistema de relaciones internacionales de la posguerra, lo cual condiciona las conflictivas relaciones con los federalistas europeos y, asimismo, su ceguera hacia la URSS, a pesar de la condena fehaciente del estalinismo y la desvinculación respecto al PCF a partir de 1949-1950¹⁵. En segundo lugar, la reflexión sobre las élites y la necesaria regeneración nacional del periodo de posguerra conduce a una deriva, cada vez más sentida, hacia la reivindicación del marco estado-nacional como espacio de referencia política incuestionable. Actitud propia no sólo de políticas nacionalistas de derecha como pudiera ser el gaullismo, sino también, en general, de la izquierda de Europa occidental de posguerra por razones diversas (táctica de independencia nacional contra los EE UU propugnada por los comunistas, antiamericanismo generalizado e identificación del europeísmo con la política atlantista norteamericana o intervencionismo estatal en la economía y vertebración del Estado del bienestar impulsados en parte por los socialdemócratas, escépticos al principio en algunos países a la hora de apoyar el proyecto europeoísta).

Estos trazos, que denotan un retraimiento de las inquietudes de *Esprit* hacia la realidad más intrínsecamente francesa, se verán intensificados a causa de las tensiones ligadas a los sucesivos procesos de descolonización en Indochina y, sobretudo, en Argelia, en los años cincuenta y sesenta. Así como por la labor de director ejercida por J.-M. Domenach, intelectual influido por el nacionalista francés Maurice Barrès, como él mismo reconocía, y que, en una época de aceleración de la construcción europea, soslayó la presencia de la cuestión en las páginas de la revista hasta bien entrado el decenio de 1970¹⁶.

Por lo que se refiere a la corriente federalista que habíamos dejado de momento al margen, cuya acción multiforme emprendida a través de partidos políticos y toda clase de movimientos cívicos primará durante la primera posguerra sobre la reflexión teórica, el planteamiento de la situación internacional es diametralmente opuesto al de los progresistas. Según Rougemont, los dos bloques nacientes, poseedores de las fuerzas económicas, militares y científicas, no son en ningún caso deseables. Ni el individualismo feroz del *American way of life* liberal, ni el colectivismo estatista y, por tanto, totalitario, de los soviéticos. Cabe, pues, reinventar el carácter intrínseco del hombre europeo, recuperar la idea de equilibrio humano, como si de una ave fénix se tratase, hay que rehacer Europa desde sus cenizas, aferrándose a lo que le queda, la cultura. Una actitud filosófica, espiritual y humana portadora de unas estructuras políticas e institucionales a la medida del hombre: el federalismo. Es así como, en su opinión, la verdadera tercera vía debe materializarse en Europa a modo de *alternativa de las libertades organizadas*¹⁷.

Tal postura llevaba aparejada la fidelidad a la fuente proudhoniana, la actitud anticomunista de rechazo del estatismo totalitario del régimen estalinista y el compromiso sin cuartel a favor del europeísmo, aunque fuera mediante una obligada alianza provisional con los intereses norteamericanos. De esta forma, la común concepción democrática, socialista y, en suma, federalista que había animado *Esprit* y *Ordre Nouveau* en los años treinta, dentro de un amplio abanico de matices, era interpretada, pues, de manera diferente, a la luz de las circunstancias históricas, por sus protagonistas¹⁸.

Rougemont entregaría sus últimos artículos a *Esprit* en el otoño de 1946, a la vez que iniciará, junto con el resto

de federalistas, su compromiso con la denominada «campana de los congresos» (Montreux 1947, La Haya 1948, Lausana 1949...) que fructificará en la creación de las primeras instituciones europeas: la OÉCE, futura OCDE, en 1948 para gestionar las ayudas estadounidenses del Plan Marshall, el Consejo de Europa en 1949, la CECA en 1951, la disminuida Unión Europea Occidental (UEO) en 1954 como transformación del proyecto inicial de una Comunidad Europea de Defensa (CED) de naturaleza supranacional, y finalmente la CEE y el EURATOM en 1957.

Mientras tanto, con la aparición en *Esprit* del dossier «Las dos caras del federalismo europeo», en el número de noviembre de 1948, llegan los momentos más álgidos de la disputa. Desde la redacción encabezada por Mounier, amparándose en un pretendido federalismo «enraizado profundamente» y vigilante en atención a las fuerzas imperialistas, se acusa al federalismo comprometido en el proceso de integración europea de ser «una pasta muy mezclada de olores sospechosos»¹⁹, de no tener más cimiento común que el anticomunismo y de estar coaligados y dominados por la derecha, representada por la corriente unionista de los W. Churchill y E. Herriot, heraldos de una Europa asociativa de los Estados no federalista.

H. Brugmans, presidente de la Unión Europea de Federalistas (UEF), ejerció el derecho de réplica, meses después, en el número de junio de 1949 de la misma publicación. Para el personalista holandés, curtido en los campos de concentración nazis, el balance del susodicho dossier es simple y llanamente nulo. Nulo porque apela a un «puritanismo» injustificable. De esta manera lejos de resguardarse bajo un cúmulo de principios teóricos, responde con la enumeración de una serie de cuatro retos concretos afronta-

dos por el compromiso en la acción de los federalistas, a saber: 1) ¿Cómo se puede reintegrar la Europa oriental al proyecto europeísta sin recurrir a la guerra? 2) ¿Cómo puede Europa occidental aliarse militarmente con los EE.UU. (porqué ella no puede hacer otra cosa sino es desarmarse) sin hacer el juego a un militarismo agresivo? 3) ¿Cómo se puede liberar la economía europea del nacionalismo autárquico sin olvidar la planificación estatal? 4) Y, finalmente, ¿cómo se puede preparar la reconquista de la independencia europea definitivamente perdida sobre el plano nacional?

En todo caso, a pesar de esas lacerantes diatribas, la controversia más sangrante no aconteció hasta el bienio 1952-1954, cuando después de la firma del Tratado que instituía la CED, el proyecto quedó frustrado por la negativa de la Asamblea Nacional francesa a ratificarlo el 30 de agosto de 1954; en parte gracias a una enérgica campaña mediática orquestada por un dispar conglomerado formado por gaullistas, comunistas y una porción considerable de la izquierda democrática gala, *Esprit* incluida. Este hecho hizo clamar con gran dureza a D. de Rougemont: «No es más que *Esprit*, revista francesa, antaño «internacional». [...] *Esprit* fue en otro tiempo la revista del personalismo. Desde hace algunos años, sus numerosos redactores han intentado agruparse con la línea comunista. Si ellos no han llegado nunca a encontrarla, es porqué la buscaban hacia la izquierda. Hoy, su política se precisa. [...] Aún un poco más de perseverancia, ellos van a hallar lo que perseguían desde el principio: *estaba a la derecha*. (Y incluso un poco más lejos)»²⁰.

Este estado de cosas sólo cambiará a partir de los acontecimientos de Mayo de 1968 y la transformación del clima político internacional con la distensión de la Guerra Fría consagrada por los Acuerdos de Helsinki

(1975), creadores de la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE). Es entonces cuando se asientan las bases de una nueva etapa de diálogo y acercamiento entre las distintas escuelas de pensamiento personalista. La razón fundamental es bien clara: *Esprit*, aún dirigida por Domenach, muda el viejo soplo de la Resistencia por los nuevos aires de demanda de libertad inspirados por las revueltas estudiantiles, así abandona la búsqueda de una conciliación humanista entre marxismo y gaullismo, experimenta un viraje gradual hacia el liberalismo político, sin renunciar a dotar de mayores cuotas de participación democrática a la sociedad civil, retorna a las fuentes primigenias del personalismo y se suma a la crítica antitotalitaria de los crecientes exprogresistas filosoviéticos, aterrorizados súbitamente por el histórico libro de Solzenicyn, *El Archipiélago Gulag*.

Este renovado rumbo se consolidará durante los años en los que Paul Thibaud permanecerá como director de 1977 a 1988. Tiempo en que, junto a la adopción de una sana y constante autocritica respecto a las propias ideas personalistas y la profundización multidimensional de la reflexión sobre la democracia y la sociedad de consumo, la revista redescubrirá definitivamente el anhelo de integración europea como mística y, sin duda, como política, por obra, en cierta medida, del medio personalista que trabaja en el entorno de la redacción (asociaciones cívicas, sindicatos, clubs de pensamiento, destacados políticos en ejercicio como Jacques Delors... entre algunos de los cuales ya fluye el europeísmo desde mediados de los años sesenta)²¹.

Será aquí donde los esfuerzos renovadores de *Esprit* confluirán con una considerable labor ya cumplida por los integrantes del federalismo global. Éstos, además de la nada menospreciable influencia en la gestación de las

diversas instituciones europeas actuales y su compromiso antitotalitario desde foros como el Congreso para la Libertad de la Cultura (1950-1978), continuaron el quehacer de investigación intelectual desde dos frentes. En primer lugar, de forma personal con el ejercicio de una crítica incansable y la formulación de propuestas; tales como «la Europa de las regiones»²² desde finales de los cincuenta, la reforma de la democracia liberal a través de mecanismos de participación social más directa, la revalorización del discurso económico cooperativista o mutualista intrínseco al llamado Tercer Sector, la apertura a la sensibilidad ecologista desde antes de la crisis del petróleo de 1973 o la anticipación de

un necesario diálogo entre culturas a nivel mundial desde el respeto al mínimo común denominador ético constituido por los Derechos Humanos, más de 25 años antes que S. Huntington hablara de un choque próximo de civilizaciones en la década de los noventa²³. En segundo lugar, otro segundo frente, no menos desdeñable, reside en la fundación de multitud de centros de formación propagadores de valores europeístas y generadores de abundantes discípulos en el mundo académico, cívico y político. Por ejemplo, el Colegio de Europa de Brujas de la mano de H. Brugmans, el Centro Internacional de Formación Europea (CIFE) de Niza por obra de A. Marc o el Instituto Universitario de Estudios

Europeos de Ginebra (rebautizado en 1992 con el nombre de Instituto Europeo de la Universidad de Ginebra) mediante la intervención de D. de Rougemont, por citar tan sólo algunos de los aún existentes en la actualidad.

En consecuencia, en camino hacia el alba del hundimiento del ignominioso muro de Berlín en 1989, esta búsqueda de una deseada reunificación europea (que deja pendientes cuestiones delicadas como la de Rusia y la del Islam europeo), junto con el acompañamiento de las dinámicas de emancipación en curso dentro de los diversos países del bloque comunista, constituirán los dos vectores que reunirán de nuevo a todas las familias personalistas hasta entonces dispersas²⁴.

Notas

1. Texto de la comunicación presentada por el autor al *II Congrès d'Estudis Personalistes: Federalisme i Orde Cosmopolita* organizado por el Grup d'Estudis sobre Personalisme i Cosmopolitisme del Departamento de Filosofía del Derecho, Moral y Política (Universitat de València), del 6 al 8 de noviembre de 2002.

2. Vid. Jean Touchard, «L'esprit des années trente: une tentative de renouvellement de la pensée française», en *Tendances politiques dans la vie française depuis 1789*, Hachette, Paris, 1960, y también Jean-Louis Loubet del Bayle, *Les non-conformistes des années trente. Une tentative de renouvellement de la pensée politique française*, Seuil, Paris, 1969. O, más recientemente, Michel Winock, *Le siècle des intellectuels*, Seuil, Paris, 1997, pp. 203-211.

3. En esta línea argumental, Giorgio Campanini defiende que «si potrebbe, al limite, affermare che, nel bene e nel male, l'eredità alla quale nel successivo cinquantennio la coscienza europea si è alimentata affonda le sue radici nello 'spirito degli anni '30'. La stessa seconda guerra mondiale, sotto questo aspetto, appare assai più una crisi interna di quella coscienza che non un brusco capovolgimento di prospettiva. Prima e dopo quella cesura, il dilemma di fronte al quale la coscienza europea viene a trovarsi è quella del significato e del destino della *persona*». G. Campanini, «Persona e personalismi negli anni '30», en *Persona i personalismi* [dres. A. Pavan et A. Milano], Edizioni Dehoniane, Nápoles, 1987, pp. 371-372.

4. Vid. J.-L. Loubet del Bayle, *Les non-conformistes des années trente...*, op. cit.

5. Vid. Emilia Bea y Agustí Colomer, «Mounier i Esprit: Europa contra les hegemonies», en 4r Premi Cirera i Soler 2001, Unió de Treballadors Democratacristians de Catalunya, Barcelona, 2002.

6. Vid. *L'Ordre Nouveau* [reedición íntegra a cargo de la Fondation Émile Chanoux], Le Château, Aosta, 1997. El conjunto de la obra está compuesto por cinco volúmenes, cuatro con la reproducción facsímil de la revista y uno con la introducción y el índice confeccionados por Marc Heim.

7. «Ceci dit, ce n'est pas uniquement la France [...] que nous avons à défendre désormais contre l'hégémonie de Berlin : c'est la réalité fédérale de l'Europe. Cela implique que nous n'avons rien à faire [...] en poursuivant la chimère d'une nouvelle hégémonie diplomatique française», Emmanuel Mounier, «L'Europe contre les hégémonies», *Esprit*, noviembre 1938.

8. «Si, dès le début, *Esprit* a provoqué en Suisse des adhésions et des réactions particulièrement nombreuses et nettes, c'est que le personnalisme trouvait dans les cantons confédérés des traditions civiques et un climat moral qui lui donnaient d'emblée un sens concret. Ce qui pouvait sembler, en France, n'être d'abord qu'une protestation, une revendication, voire une rupture, au nom d'une conception de l'homme en général, se trouvait convenir en Suisse avec les conditions physiques et historiques du pays. Ainsi, par la force des choses —non moins que des tempéraments— l'attitude personnaliste devenait tout de suite une politique, au plus haut sens de ce terme. Elle rejoignait et elle élargissait une mystique non pas «nationale» —cela n'est pas possible en Suisse— mais bien communautaire, et plus exactement : fédéraliste», en «Le problème suisse: personne et fédéralisme», *Esprit*, octubre 1937.

9. Vid. AA.VV., *L'esprit européen*, La Baconnière, Neuchâtel, 1947.

10. Vid. Antonio Truyol y Serra, *La integración europea. Génesis y desarrollo de la Comunidad Europea (1951-1979)*, Tecnos, Madrid, 1999, vol. I, p. 37; o también Lluís María de Puig, *Historia de la unidad europea*, Anaya, Madrid, 1994, p. 25.

Notas (continuación)

11. Pierre Grémion, «Personnalisme, fédéralisme, progressisme», en *Du personnalisme au fédéralisme européen. En hommage à Denis de Rougemont*, Centre Européen de la Culture, Ginebra, 1988, pp. 125-136.

12. *Ibid.*, p. 125-126.

13. Vid. Daniel Lindenberg, «Mounier i Europa», conferencia pronunciada en la Fundació Joan Maragall de Barcelona el 19 de noviembre de 2001 dentro del curso «Emmanuel Mounier i el personalisme», en prensa. En este sentido es clarificadora la siguiente afirmación mounieriana: «El federalismo como utopía directriz es ciertamente una expresión del personalismo, pero una utopía directriz, ya se trate de pacifismo o de federalismo, no se debe transformar jamás en utopía actual y ocultarse el sentido que le hacen tomar las circunstancias, a veces contra su espíritu»: E. Mounier, *El Personalismo* (1949), en *Obras Completas Tomo III* (1944-1950), Sigueme, Salamanca, 1990, pp. 540-541.

14. E. Bea y A. Colomer, art. cit., p. 24. Véase también Herbert Lottman, *La Rive Gauche. La élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*, Tusquets, Barcelona, 1994, pp. 410-417.

15. P. Grémion, art. cit., pp. 132-133.

16. Vid. AA.VV., *Esprit. Une revue dans l'histoire 1932-2002*, Esprit, París, 2002.

17. Vid. Denis de Rougemont, *L'Europe en jeu* (1948), en *Oeuvres complètes de Denis de Rougemont. Écrits sur l'Europe*, t. III, vol. I, Éditions de la Différence, París, 1994, pp. 13-70. Para un somero resumen del debate interpersonalista de la posguerra véase: D. Lindenberg, op. cit., pp. 6-9.

18. No faltan, además, a modo de expresión de esta comunión básica de ideas europeístas de inspiración federal insitas en los distintos personalismos, figuras fuertemente comprometidas en los equipos directivos de los partidos de posguerra. Étienne Borne y André Philip (antiguos colaboradores habituales de *Esprit*) por lo que se refiere al MRP francés y a la SFIO respectivamente, o el laborista holandés H. Brugmans, ya aludido, ejemplifican bien la pluralidad de vínculos surgidos en el seno de un común horizonte personalista. Aunque no cabe tampoco olvidar que, estrechamente ligado al arranque del proceso de integración europea, las reflexiones sobre Derechos Humanos y organización institucional del Estado de autores como J. Maritain y G. La Pira, nutrieron, asimismo, la elaboración de las nuevas constituciones nacionales promulgadas como antídoto antitotalitario y base de las nacientes democracias; caso paradigmático y bien conocido son la Constitución italiana de 1947 y la Ley Fundamental de Bonn de 1949. Vid. AA.VV., *L'apporto del personalismo alla costruzione dell'Europa* [dr. R. Papini], Editrice Massimo, Milán, 1981.

19. El texto original dice «cette pâte très mêlée d'odeurs suspectes où se lève aujourd'hui ce qu'on appelle le fédéralisme européen», en «Les deux visages du fédéralisme européen», *Esprit*, noviembre 1948.

20. «Ce n'est qu'*Esprit*, revue française, autrefois «internationale». [...] *Esprit* fut jadis la revue du personnalisme. Depuis quelques années, ses nombreux rédacteurs ont tenté de rejoindre la ligne communiste. S'ils ne sont jamais arrivés à la trouver, c'est qu'ils la cherchaient vers la gauche. Aujourd'hui, leur politique se précise. [...] Encore un peu de persévérance, ils vont trouver ce qu'ils cherchaient depuis le début : c'était à droite. (Et même un peu plus loin)»; D. de Rougemont, «De gauche à droite», *Preuves*, nº 49, mars 1955, en *Oeuvres complètes de Denis de Rougemont...*, op. cit., t. III, vol. I, pp. 239-240.

21. AA.VV., *Esprit. Une revue dans...*, op. cit., pp. 47-60. No son fútiles las palabras de Daniel Lindenberg cuando sentencia: «La reserva d'Emmanuel Mounier davant la idea europea i les temptatives concretes de realitzar-la ha sobreviscut a *Esprit* durant un període bastant llarg; de fet, tant de temps com ha sobreviscut l'antinordamericanisme i una certa complaença respecte al socialisme real». Pero, a pesar de todo, como señala el mismo autor, existe una rutilante paradoja, y es que, aunque «Mounier va ser refractari tota la seua vida a la idea d'una Europa política, tot privilegiat des del punt de vista espiritual els nivells de la 'Persona-França' [...] i la Ciutat Universal [...], va engendrar i educar diverses generacions d'europeus convençuts»; D. Lindenberg, op. cit., p. 9 i 1.

22. «Europa de las naciones» en la versión más étnico-política de Guy Héraud, desarrollada a partir del regionalismo predicado por A. Marc i D. de Rougemont a guisa de complemento de los procesos de integración europea. Se trata, en el caso de los tres autores citados, de un modelo regido por los principios de autonomía, solidaridad-cooperación, participación y subsidiariedad, apto para superar la crisis de soberanía de los Estados-nación tradicionales, anclados en un único nivel centralizado de gobierno inoperante en muchos aspectos competenciales. Esta filosofía política se plasma en la defensa tanto de una supranacionalidad continental e incluso mundial, como en descentralización política y administrativa a favor de entidades regionales y locales. En cuanto a la lectura más etnicista realizada por el Prof. Héraud, en su ya clásico *L'Europe des ethnies* (Presses d'Europe, Niza, 1963), siempre desde una óptica personalista y, por tanto, respetuosa con las libertades individuales, hay quien asegura que sigue siendo «la Vulgata de los nacionalistas sin Estado»; AA.VV. (dr. Jesús María Osés), *10 palabras clave sobre el nacionalismo*, Verbo Divino, Estella, 2001, p. 43.

23. Para una visión de conjunto de la obra de los principales pensadores personalistas ubicados dentro del espectro del llamado federalismo integral o global, así calificado por el alcance de doctrina social de aplicación general que en él adopta el federalismo a causa del profundo influjo de Proudhon, véase: Lutz Roemheld, *Integral Federalism. Model for Europe, a way towards a personal group society. Historical development, Philosophy, State, Economy, Society*, Peter Lang, Frankfurt am Main, 1990; o también Pierre Izard, *Personnalisme et fédéralisme à travers l'oeuvre des fondateurs de la revue Ordre Nouveau*, tesis doctoral, Universidad de Toulouse, 1986, 2 vol. [mecanografiada].

24. Vid. AA.VV., *Esprit. Une revue dans...*, op. cit., p. 58; y también D. Lindenberg, op. cit., pp. 9 i 10. Valgan a título de ejemplo los esfuerzos empleados a favor de la reintegración de España y Portugal en la Europa democrática después de la caída de los regímenes franquista y salazarista, así como también el apoyo a los disidentes chinos y del Este europeo: sostén a la «Carta 77» en Checoslovaquia encabezada por el filósofo Jan Pato_ka, los vínculos mantenidos entre *Esprit* y los personalistas polacos de la revista *Wież* y de la organización de intelectuales KOR, que ayudaron a posibilitar el ascenso del sindicato *Solidarnosc*.